

Y no es lo más triste para los periodistas que la nación quiera todo eso; lo triste es el fin de la política se impone, so pena de quedarnos sin nación. Es todo un mundo el que se va: el ideal de engrandecer a España en *blanc* ha muerto; las regiones más ricas, las más inteligentes, han de obligarnos, sin alharacas ni amenazas, á aceptar esa nueva realidad. Contados están los años del turno de los partidos; exiguo es el tiempo que queda de vida al monopolio del presupuesto. Comienza para España la época del trabajo y de la reconstitución. Para ello le estorba el centralismo y el centralismo se derrumba.

Mucho pueden hacer los diarios madrileños para que, á su vez, no lleguen tarde las soluciones descentralizadoras. De acoger con entusiasmo las nuevas tendencias, de comenstrarse en las aspiraciones de la parte más vigorosa del país, aún lograría el periodismo madrileño rehacer su crédito, y lo que aún es obra más provechosa, crear por la gratitud un poderoso lazo espiritual entre los distintos elementos nacionales, lazo que sería obstáculo insuperable para toda tendencia de segregación. Pero dudamos mucho de que comprenda sus verdaderos intereses. Fuera para ello preciso el previo renunciamiento á toda esperanza de intervención en la política; y este renunciamiento requiere la reconstitución del periodismo con elementos completamente ajenos á los partidos presentes y futuros, y no le creo capaz—quisiera engañarme—de semejante sacrificio; preferiría seguir creando y destruyendo reputaciones de prohombres.

Y, sin embargo, el dilema está planteado: ó nuestro periodismo se reconstituye con elementos nuevos, ó morirá con el viejo, con la política menuda, con el reparto de destinos, con el exacerado centralismo con la bohemia de la calle de Sevilla, con el género chico de los cánculos y de las tertulias.

RAMIRO DE MAEZTU.

EN UN ABANICO.

Quando este bello abanico  
Aire te dé presuroso;  
Quando lo agites inquieto.  
Y tapes con él tu rostro  
Para cubrir el rubor  
Que te cause algún piropo,  
O la mirada insistente  
Te moleste de algún pollo;  
Quando te halles pensativa,  
O tal vez llena de enojos,  
Lo oprimas contra tu pecho,  
Contra tu pecho marmóreo...  
Detén, detén un momento  
Tus incomparables ojos  
En estos cortos renglones,  
Y hallarás placer ignoto,  
Al ver que te escribo aquí  
Sinceramente un «te adoro.»

EMILIO BERNABEU.

CUENTO

DOS TEMPESTADES

Fué instantáneo. El cielo, limpio de nubes hasta aquel instante, se tornó parduzco y sombrío; sibó el huracán, levantando nubes de polvo y, cerrando puertas, balcones y ventanas con estrépito, iluminó el horizonte el primer trueno y comenzó el más grandioso espectáculo que puede concebir la mente humana; la lucha brutal de los elementos en medio del silencio de una noche lóbrega y triste de esas que, como decía mi amigo García Álvarez, no son las más propias para ir á coger nidos con un farol.

Seguía la tormenta descargando con amenazadora dureza en agua que caía á torrentes y en truenos formidables que hacían retemblar las casas.

Allá, en un gabinetito japonés, en el que se habían hermanado para su composición y adorno el buen gusto, el excentricismo y la riqueza, en aquella habitación cuadrada, llena de originalidades y caprichos, se ven dos personas mudas, silenciosas, con los semblantes tan oscuros como el cielo en aquel momento, con los labios contrahidos y el entrecejo arrugado.

Ella es hermosa. Tiene los ojos muy negros y muy grandes, rubio el cabello que, formado en bucles, adorna su cabecita de muñeca; muy rojos los labios, muy esbeto el cuerpo, que oculta sus tesoros á miradas

indiscretas con una bata de seda azul que cae holgadamente, dejando ver apenas las puntas de dos zapatitos que aprisionan dulcemente unos pies de *bébé*.

El es apuesto: alto, moreno, con bigote negro, porte distinguido y modales elegantes, que denunciaban al *espartano* de nacimiento, al notabio que lo es más por sus hechos que por sus pergaminos.

No hablaban. Ella, recostada en una especie de caprichoso canapé, parecía meditar; lloraba acaso, porque ponía especial empeño en enbriarse con sus manitas, cuajadas de brillantes, su hermoso semblante de Virgen de la Soledad.

El hombre guardaba silencio y fumaba cigarrillos turcos, sin parar mientes en que cada paquetito de veinte cuesta cinco pesetas.

Seguía lloviendo y tronando duro. La tempestad estaba en aquel instante en su mayor desarrollo, y al relámpago sucedía inmediatamente el trueno, y al trueno un verdadero aguacero que hacía pensar en los horrores del diluvio univér-al.

—Buen tormentón—dijo el hombre encendiendo un nuevo cigarrillo.

No obtuvo respuesta. —[Limpias de polvo se quedaron las tejas!—añadió riendo burlescamente.

El silencio contestó á su juicio, formulado con jovialidad.

—Pues creo—repitió imperturbable—que la tempestad que se desarrolla en esta habitación es mayor que la que producen los elementos...

Y esta noche, esposa, estás muy valiente; me escuchas sin estremece y oyes los truenos sin asustarte... Voy creyendo, Alicia, que llegarás á ser con el tiempo una mujer heroica... ¡Qué valor!

Seguía la dama guardando silencio, mientras la tempestad descargaba con furia.

—¿Te molesta el opio de mis pitillos?—insistió el hombre galantemente.

—Vamos; veo—prosiguió su interlocutor—que buscas el medio de que demos el trueno gordo escandalizando á Madrid...

Cual si los elementos respondiesen é esta evocación, estalló en aquel instante un trueno horroroso, brutal, que hizo estremecer los cimientos de la casa.

Alicia dió un grito espantoso, y tambaleándose, corrió á los brazos de su marido, pálida, desencajada, medio muerta.

El hombre se echó á reír.

—¡Bah!—dijo.—¡No te quiero! Te trae á mis brazos la cobardía, no el amor.

—¡Luis de mi alma!—exclamó la hermosa mujer rodeando con sus brazos el cuello de su marido...

Es fama que la tormenta duró mucho tiempo, mucho; que causó destrozos y produjo espantos aun en los espíritus más fuertes; pero Luis y Alicia siempre afirmaron que con aquel trueno formidable que hizo estremecer los cimientos de la casa acabó para ellos la tormenta, no oyeron nada más...

¡Se trató de dos tempestades deshechas por un beso muy largo!

M. DE LA P.

El déficit de los presupuestos

La recaudación obtenida durante el primer semestre del corriente año, comparada con la de igual período del año anterior de 1901, según declaración hecha en Consejo de Ministros por el de Hacienda, ofrece una baja de 5.593.344,37 pesetas, cuya baja afecta á los ingresos por los conceptos de contribución industrial, cédulas personales, aduanas, timbre, minas y demás recursos.

Cualquiera que haya salutado la Hacienda pública, pudiera haber previsto, sin necesidad de tener ojos de lince, que la supresión de las investigaciones de Hacienda había de afectar á la recaudación de las contribuciones é impuestos, en general, y muy particularmente á la de subsidio industrial.

Para recaudar en buena forma, es preciso empezar por administrar bien, y no es buena administración la de suprimir organismos tan indispensables como las investigaciones, creando otros tan inútiles como los tribunales gubernativos.

Difficil pudiera llegar á ser la situación del Tesoro público, ante el fundamento de que, la baja iniciada en el primer semestre, continúe en el segundo; pero no soy tan pesimista, que desconfío de que esta situación pueda tener remedio, sin recurrir á medidas empíricas como los aumentos de tributación.

Búsquense para Ministros de Hacienda á personalidades que tengan demostrada su aptitud y competencia en asuntos económicos, aun cuando no sean diputados ni estén adornados de grandes dotes oratorias, circunstancias que no se requieren para desempeñar aquel cargo; hágase de la carrera de Administración un santuario independiente de todo caciquismo, como de toda influencia política; elijanse los hombres para los destinos, en vez de escoger los destinos para los hombres, y renúnciese á esa monomanía de legislar y de publicar reglamentos provisionales cada ocho ó diez años, con los cuales nada se consigue, mas que encontrarnos siempre en período constituyente, sin llegar nunca á un período constituido en materia de administración.

Se me dirá que es mucho lo que pido, y que para conseguirlo se necesita estar adornado de una gran fuerza de voluntad.

Así lo reconozco; pero nada adelantaremos mientras tengamos ministros que solo se cuiden de lo que interesa al presente, desatendiendo el porvenir.

En el trascurso de medio siglo, desde que D. Alejandro Mora estableció la reforma del antiguo sistema tributario, no he conocido más que dos Ministros de Hacienda, D. Juan Bravo Murillo y D. Juan Francisco Camacho.

Pasaron éstos y se tardará mucho tiempo sin que volvamos á ver otro, sobre todo como el primero.

CARLOS DIAZ ARGÜELLES.

CERVANTES

FOR B. F. G.

(Continuación)

Nueve años antes de la época en que nos hemos fijado, llevaba á cabo Felipe III la más ignominiosa, absurda é inhumana medida que ha podido adoptar monarca alguno, la expulsión de los moriscos. Esto solo hubiera bastado para hundirnos; en el primer año en que principió la expulsión, se ajustó la tregua de diez años con Holanda; esta tregua era una confesión tácita de debilidad, una prueba muy clara del quebrantamiento de nuestras fuerzas militares; con la tregua, las naciones empezaron á perderse el miedo, y las provincias de Flandes comprendieron la posibilidad de su emancipación. No faltaban héroes todavía; porque esta tierra, aun después de extinguido su vigor, conservaba los gérmenes de aquella raza vencedora, que tuvo ascendientes por muchos años después. Había grandes generales aún y soldados valerosos, pero el ejército se moría de hambre y desaudez en las tierras de Holanda y de Milan. Todo indicaba la proximidad de aquellas desventuras horribles, de aquellos encantamientos que se llamaron Rocroy, la insurrección de Napoles, el levantamiento de Cataluña, la autonomía de Portugal, la emancipación de los Países Bajos.

Algunos años antes de 1616, se había ajustado el matrimonio de Luis XIII con una infanta española, de quien había de nacer nuestro Caballero de la Blanca Luna Luis XIV.

Las letras, como las armas, aún florecieron mucho después de recibir la herida de muerte. ¡Tal era el vigor con que estaba arraigado en este pueblo el sentimiento de lo bello! Aun faltaba el teatro, que llegó á su cumbre en la vida de Calderón; y á pesar del mal gusto que cundía con gran rapidez, las dotes de imaginación é inventiva pa-

recían cada vez mayores y más lozanas. En absoluto puede decirse que las letras entraron en un período de decadencia, una vez pasados los tres primeros lustros del siglo XVII. La novela picaresca perdía su pureza artística, sus excelencias de estilo con la muerte del *Príncipe de los ingenios* y con la de D. Diego Hurtado de Mendoza, acaecida muchos años antes.

Resolvióse esta clase de composiciones en las novelas de Quevedo *El Buscón*, en *El Entremetido*, en *Las Capitulaciones* y en *La hora de todos*, que si no iban en zaga á las anteriores en intención y riqueza de caracteres, las excedían en desvergüenza y desenvoltura, siendo muy inferiores en la dicción y en la belleza de lenguaje. A aquella narración pura y artística sucedía en manos de Quevedo una revuelta serie de agudezas sin fin, un hacinamiento interminable de dichos equívocos, tropos obscenos y frases más obscuras que duendes. Las dotes creadas no se habían perdido; pero sí el gusto, los hábitos de la composición, el discernimiento artístico, la armonía y el don del estilo. A los grandes líricos que Cervantes conoció en su edad viril, á los hombres como Herrera y Fray Luis de León, sucedían el impertinente Villegas, el funesto Góngora y los Argensolas fríos y correctos, versificados hábiles más que poetas inspirados. La poesía lírica, después de haber sido en su apogeo robusta, vigorosa, nacional y característica; después de haber cantado glorias españolas por boca de Herrera, y después de haberse elevado á la más alta contemplación mística en los cantos de Fray Luis de León, volvía á aquel amanerado italianismo por donde empezó, volvía á todas las impertinencias pastorales, ó se hacía cortesana.

A las robustas octavas de Ercilla, sucedían los madrigales insípidos, destinados á ser documento indispensable de todo galanteo. O se envilecía con los extraños atavíos y los dislates de una retórica desenfundada, ó se hacía falsa, insulsa y lánguida con las suilezas de un amor discretamente ridículo, concepto hasta la obscuridad. A la inspiración sucedió el concepto, ya mitológico, ya cortesano, siempre erudito é insoportable. Empezaba el imperio de los Góngoras y Villamedianas.

(Continuad)

DEL AYUNTAMIENTO

Los acuerdos tomados por el Ayuntamiento en sesión de ayer son:

Aprobar en todas sus partes el programa de festejos formado por la Comisión correspondiente del Ayuntamiento.

Ampliar á 1000 pesetas la subvención ofrecida por el Municipio con destino al festival infantil.

Nombrar á los Sres. Ruiz de León, Olivas y Hernández, para que en representación de Ciudad Real concurren á la asamblea que tendrá lugar en Valdepeñas, para solicitar del Gobierno protección para la vida comercial y la riqueza agrícola.

Noticias

Ha salido á prestar servicio por un mes en la estación de Malagón, el oficial de Telégrafos de esta capital y amigo nuestro, D. Rafael Dorado y Matagaila.

Se encuentra en esta capital el empresario de este circo taurino Sr. Beltrán, con el fin de cerrar el contrato de arrendamiento de esta plaza para dar en las próximas ferias una corrida de toros.

Acompaña á este señor un maestro de obras que se encargará de llevar á efecto las necesarias para poner á cubierto la seguridad de los espectadores.

Se insiste en fijar en ocho el número de